

Trabajo humano y formación universitaria

Anaya y Duarte, José Gabriel

1994

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5115>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

TRABAJO HUMANO Y FORMACIÓN UNIVERSITARIA

J. GABRIEL ANAYA DUARTE, S.J.*

1. *Introducción*

Al terminar su carrera profesional el egresado debe afrontar una situación más o menos angustiosa: la búsqueda de un trabajo, de un empleo. Protegido hasta entonces por la institución universitaria que le ha exigido responsabilidades pero que lo ha guiado maternalmente en su aprendizaje, debe ahora enfrentarse con el medio hostil del trabajo. La primera dificultad es con frecuencia encontrar ese trabajo: son muchos los competidores y pocas las oportunidades. Lo dice claramente el Papa Juan Pablo II en su encíclica *Laborem Exercens*: el desempleo "se convierte en problema particularmente doloroso cuando los afectados son principalmente jóvenes, quienes, después de haberse preparado mediante una adecuada formación cultural, técnica y profesional, no logran encontrar un puesto de trabajo y ven así frustradas con pena su sincera voluntad de trabajo y su disponibilidad para el desarrollo económico y social de la comunidad" (LE 18).

Acecha sobre todo el problema económico. El egresado, generalmente en vísperas de formar su propia familia, debe independizarse y ser capaz de sostenerse a sí mismo y a los suyos. Y en esta angustia, en ocasiones límite con la frustración, se vuelve hacia su "alma mater", hacia la madre que lo ha alimentado varios años, para preguntarle: ¿Y ahora qué? ¿Me has preparado adecuadamente para la siguiente etapa —definitiva— de mi vida adulta? ¿Me has capacitado para trabajar, o me has ilusionado con teorías ajenas a la realidad que empiezo a vivir?

La relación entre la universidad y el trabajo de sus egresados suscita muchas preguntas aún sin responder, presenta muchos aspectos concretos que deben estudiarse; desde las posibilidades reales de trabajo hasta la orien-

* Académico de tiempo del Centro de Integración Universitaria, UIA, Plantel Golfo-Centro.

tación vocacional del alumno o la estructura de los planes de estudio. No descenderé aquí a ningún punto particular, ni propondré ninguna solución práctica para el egresado. Me contentaré con ofrecer una visión panorámica que encuadre el problema y permita —espero— buscar y encontrar respuestas satisfactorias.

2. *El trabajo humano*

Consideraré primero en sentido amplio el concepto de trabajo humano. Cumpliendo el antiguo precepto bíblico, el ser humano ha ido sometiendo y dominando el mundo (cf. Gn 1,28). Desde la domesticación de los primeros animales hasta llegar a poner los pies en la Luna, la humanidad ha recorrido una trayectoria de progreso que nos parecería increíble si no fuera cierta; trayectoria lenta al principio —siglos, milenios—, que en los últimos siglos se ha vuelto vertiginosa. Gracias a la electricidad y al avión, a los satélites artificiales, a las computadoras —y podríamos aumentar la lista casi indefinidamente— podemos gozar ahora de beneficios que sólo apreciamos cuando carecemos de ellos. No ha sido sólo el trabajo manual, sino sobre todo y cada vez más el trabajo de la inteligencia, de la ciencia que penetra íntimamente en la naturaleza de las cosas, el que ha permitido este avance. Más aún; un elemento fundamental en este desarrollo es que el hombre ha sabido construir instrumentos, herramientas y máquinas que le ayudan en su trabajo y aun trabajan en su lugar. Desde los prehistóricos cuchillos de piedra hasta los motores, las microprocesadoras y los controles automáticos, el hombre domina cada vez mejor la naturaleza en beneficio propio. Vivimos la era de la técnica, que ha transformado la vida de la humanidad.

Pero este aspecto fascinante y optimista no debe hacernos cerrar los ojos ante la otra cara de la moneda. La tierra no sólo ha producido pan para el hombre —vuelvo a las expresiones bíblicas— sino también cardos y espinas (cf. Gn 3,17—19). Cardos y espinas que hoy se llaman agotamiento de los recursos naturales; contaminación cada vez más generalizada de aire, agua y suelo; armas nucleares y biológicas. He aquí otros resultados —vergonzosos y terribles— del trabajo humano. Más terrible en el fondo es el nuevo modo de opresión del hombre por el hombre que ha resultado de la era industrial: división entre capital y trabajo, despojo y depauperización del campo, éxodo hacia las ciudades, desempleo, conflictos laborales, pobreza y aun miseria del obrero, a quien sobre todo se le quita la satisfacción personal y el estímulo a la creatividad, y para quien el trabajo en los complejos industriales, donde la máquina tiende a dominar sobre el hombre, se ha hecho monótono, despersonalizador. Como consecuencia, el trabajo, es decir el hombre

mismo, se ha convertido en una mercancía más. Así lo decían Marx y Engels en el Manifiesto del partido comunista hace 146 años: "Estos obreros, obligados a venderse al detalle, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio, sujeto, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado" (1970, p.37):

Quizás parezca fuera de lugar, al hablar de los egresados de las universidades, ocuparnos de la cuestión obrera, menos dramática sin duda —por otro lado— en la época actual que en la de Marx y Engels. Sin embargo se presenta hoy un fenómeno que probablemente no imaginaron ellos y que el actual Papa Juan Pablo II llama "proletarización" de los profesionistas. Estas son sus palabras:

"Movimientos de solidaridad en el campo del trabajo —de una solidaridad que no debe ser cerrazón al diálogo y a la colaboración con los demás— pueden ser necesarios incluso con relación a las condiciones de grupos sociales que antes no estaban comprendidos en tales movimientos, pero que sufren, en los sistemas sociales y en las condiciones de vida que cambian, una proletarización efectiva o, más aún, se encuentran ya realmente en la condición de proletariado, la cual, aunque no es conocida todavía con este nombre, lo merece de hecho. En esa condición pueden encontrarse algunas categorías o grupos de la inteligencia trabajadora, especialmente cuando junto con el acceso cada vez más amplio a la instrucción, con el número cada vez más numeroso de personas que han conseguido un diploma por su preparación cultural, disminuye la demanda de su trabajo. Tal desocupación de los intelectuales tiene lugar o aumenta cuando la instrucción accesible no está orientada hacia los tipos de empleo o de servicios requeridos por las verdaderas necesidades de la sociedad, o cuando el trabajo para el que se requiere la instrucción, al menos profesional, es menos buscado o menos pagado que un trabajo manual. Es obvio que la instrucción de por sí constituye siempre un valor y un enriquecimiento importante de la persona humana; pero no obstante, algunos procesos de proletarización siguen siendo posibles independientemente de este hecho" (LE 8).

A este respecto, es elocuente la expresión que ya se ha hecho común: "mercado de trabajo". En efecto, hoy en día muchas personas, profesionistas o no, jefes o subordinados, pobres o ricos, venden su actividad para poder comprar los bienes materiales que consideramos imprescindibles: la gasolina para el automóvil, la televisión a color, las vacaciones anuales. ¿A qué se debe esta dolorosa situación? Nuestra civilización materialista nos ha llevado a abdicar —en una actividad despersonalizadora y alienante— de la satisfacción del trabajo, para poder conseguir los satisfactores materiales que

otros —mediante un trabajo igualmente alienante y despersonalizador— producen y venden.

¿No será que nos hemos olvidado de la dimensión humana, subjetiva, del trabajo?, ¿que nos hemos olvidado del hombre que trabaja? Me he detenido hasta ahora en el aspecto objetivo, en el producto del trabajo humano, en los avances técnicos, en lo material que tanto nos fascina, pero que se reduce al fin y al cabo a dinero. Pero el trabajo es mucho más que eso; el trabajo es ante todo una actividad específicamente humana. Ni las fuerzas físicas ni los animales ni las máquinas trabajan en sentido estricto. Es el hombre el que domina la naturaleza no sólo con su cuerpo sino ante todo con su inteligencia; es el hombre el que es capaz de actuar siguiendo un plan elaborado de antemano, el que decide con su voluntad. El que trabaja es una persona, un sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto que decide por sí y sobre sí mismo. De aquí se derivan la dignidad del trabajo y su esencia ética.

Esta dignidad, esta esencia ética coloca al hombre mismo que trabaja como primer destinatario, como fin de su propio trabajo. El ser humano no puede desarrollarse él mismo sino en contacto con el mundo que lo rodea. No sólo conoce la realidad por sus sentidos y por su inteligencia, sino que se conoce a sí mismo frente a esa realidad, se experimenta a sí mismo en contacto con ella. Y estableciendo una noble lucha por dominar la naturaleza, se domina a sí mismo, se conquista, desarrolla su ser personal. Desde los juegos del niño hasta los más variados trabajos del adulto, el hombre actúa y desarrolla su cuerpo, su mente, su voluntad. El mandato bíblico de dominar la tierra es el medio para “crecer y multiplicarse” (Gn 1,28), crecer interiormente y multiplicar sus potencialidades.

El trabajo tiene también un aspecto penoso, doloroso: “Con sudor de tu frente comerás el pan” (Gn 3,19). La fatiga en cualquier actividad humana es un hecho de experiencia universal. Este mismo hecho, sin embargo, al mismo tiempo que señala al hombre sus limitaciones lo debe aguijonear para superarlas. La conquista más ardua es la más satisfactoria, la conquista que el hombre hace de sí mismo, en gran parte por su actividad, por su trabajo.

Sin embargo hay que reconocer que la dignidad de la persona humana no se despliega totalmente por su acción sobre la naturaleza, sobre las cosas, sino por la relación con sus semejantes. “No está bien que el hombre esté solo” (Gn 2,18). La persona es ante todo relación; el hombre no se realiza plenamente sino por la interacción de un yo con un tú, por la entrega, por el compromiso, por el amor. El trabajo, actividad profundamente humana, no puede carecer de esta dimensión interpersonal. Por el trabajo —en gran

medida— nos relacionamos con los demás, colaboramos; por el trabajo somos capaces de hacer el bien a los demás, de amarlos. El trabajo es el fundamento de la vida familiar, núcleo básico de la sociedad humana. No es sólo la condición para adquirir los medios de subsistencia para formarla y sostenerla, sino que por la educación —trabajo penoso a la vez que profundamente gratificante— el padre y la madre se realizan como progenitores y se unen más entre sí como cónyuges al ir haciendo de sus hijos personas libres y responsables. A su vez la familia por su laboriosidad debe ser la primera escuela de trabajo.

Pero además el hombre y la mujer, si no se cierran en el mezquino círculo individual que lleva a la frustración por el egoísmo, deben extender su mirada más lejos y trabajar por los demás, por la región en que viven, por su país, por la humanidad toda. Cuántos grandes hombres —lo mismo políticos que exploradores, tanto científicos como artistas— entregaron su vida para hacer el bien a los demás y así lograron, no sólo alabanza y honra, sino ante todo la enorme satisfacción personal de hacer más humana la vida del hombre, de amar eficazmente con su trabajo. Somos herederos de una cultura y una civilización que ha sido obra no sólo de los grandes genios sino también de los millones de trabajadores anónimos que han ido acrecentando este patrimonio. La nobleza, la dignidad humana nos debe llevar desde luego a no destruir y agotar esta herencia; pero no sólo a disfrutarla agradecidos, sino a llevarla adelante en un compromiso de solidaridad.

Ésta es en toda su amplitud la obligación impuesta al hombre de trabajar. “El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el parque del Edén, para que lo guardara y lo cultivara” (Gn 2,15). Obligación no impuesta desde fuera, sino que brota de la misma naturaleza humana; obligación —aunque penosa— que radica en su misma dignidad, ya que el trabajo eleva al hombre como persona en el mundo, lo relaciona con los demás y lo dirige a Dios mismo, que trabajó y sigue trabajando para bien del hombre. Esta visión del trabajo desde el hombre, desde el sujeto que lo realiza más que desde el objeto que produce, podrá parecer idealista, irreal. No lo es, sin embargo. Es un ideal que podemos y debemos realizar. Cuánta sabiduría encerraban las palabras de un maestro mío de la Facultad de Ciencias, que interrogado por los alumnos acerca de por qué había escogido estudiar la carrera de física, respondió: “Porque hago lo que me gusta y encima me pagan”.

Si el trabajo es en muchos sentidos el núcleo de los problemas que padecemos, de la crisis no sólo de la economía nacional sino de la cultura mundial, el trabajo constituye también la gran solución. El hombre debe volverse más dentro de sí mismo; buscar más su propio desarrollo que el goce de los bienes materiales; valorar más —en sí y en los demás— al sujeto

que trabaja que el resultado objetivo del trabajo; encontrar la felicidad profunda, que no consiste en la alienación que de mil maneras ~~caracteriza~~ nuestra época, sino en el autodomínio y crecimiento interior, no en el uso de las cosas sino en la contemplación, no en la cerrazón egoísta sino en la apertura comprometida, amorosa, a los demás. Lo más importante hoy no es encontrar trabajo, sino encontrar el sentido humano del trabajo.

3. *La universidad*

Frente a este fascinante y problemático panorama del trabajo, ¿qué posición debe tomar la universidad? Ante todo, ¿qué es la universidad? Como institución creada por el hombre, histórica, en constante evolución, no podemos hablar de una "esencia" de la universidad, de la que se deriven sus propiedades, su quehacer. Pero una rápida mirada a esa historia, al curso que ha seguido en los siglos que lleva de existencia nos permitirá, más que descubrir cuál es su función en el presente, decidir qué trayectoria queremos darle hacia el futuro.

Las universidades actuales son continuadoras no de la Academia de Platón ni del Liceo de Aristóteles, sino de las universidades medievales que institucionalizaron en una comunidad de maestros y alumnos la transmisión del conocimiento. Esta transmisión del conocimiento se abrió a nuevos horizontes en la universidad renacentista con el redescubrimiento de la cultura clásica, de las humanidades. No faltó ciertamente la investigación —filosófica, teológica, natural— en esas dos etapas de la universidad; pero la función de no sólo transmitir sino enriquecer el conocimiento, tuvo su auge sobre todo en la universidad moderna del siglo pasado y principios de éste. Sin embargo, en los últimos decenios muchas universidades se han convertido, lo mismo en Europa que en América, en prestadoras de servicios a la sociedad, especialmente por la preparación de profesionistas y el desarrollo tecnológico. La universidad se transformó, en expresión de Kerr, en multiversidad, caracterizada así por el Dr. Ernesto Meneses:

"Lo que antes fue una comunidad de maestros y estudiantes poseedora de una visión única respecto de su naturaleza y su propósito, se ha transformado en una institución con diferentes visiones de un verdadero propósito. La multiversidad ha dejado de ser un organismo en el cual las partes y el todo están estrechamente unidos. En la multiversidad muchas partes pueden añadirse o sustraerse sin mayores consecuencias para el todo. La multiversidad es más bien un mecanismo, una serie de procesos que producen una serie de resultados cuya unidad depende de la administración y cuya fuente de energía es el dinero.

"La multiversidad es una institución inconsistente. No es una comunidad, sino muchas: la comunidad de los pregraduados y de los posgraduados, de los especialistas en ciencias naturales, en ciencias sociales, en humanidades, de las escuelas profesionales y de los administradores.

"Sus límites son borrosos. Tiene que ver con exalumnos, legisladores, agricultores, negociantes y con todos los que se relacionan con una de estas comunidades internas. Como institución mira atrás al pasado y lejos hacia el futuro; pero se enreda en dificultades con el presente. Sirve a la sociedad casi en forma de esclava, pero la critica frecuentemente sin piedad. Defensora del principio de igualdad de oportunidad para todos, es en sí misma una sociedad de clases. La comunidad medieval de maestros y estudiantes poseía intereses comunes. En la multiversidad, éstos son variados y a veces conflictivos. La comunidad universitaria tenía una sola alma, la multiversidad posee muchas" (1979, p.32).

¿Así debe ser hoy la universidad, así queremos que sea? En un mundo cada vez más interrelacionado a todos los niveles, la universidad no debe ser evidentemente una "torre de marfil"; ni siquiera podría serlo ya que es parte integrante de la sociedad. ¿Cuál debe ser pues su relación con el resto de la sociedad en que se encuentra inmersa? Las respuestas, en la teoría y en la práctica, se multiplican. En un extremo podríamos colocar el modelo según el cual la universidad debe ser —a través de su investigación, difusión y docencia— la fábrica de refacciones que necesita la sociedad, una sociedad que tiene —independientemente de la universidad— una estructura propia que debe mantenerse. En el otro extremo se ubica la universidad no sólo política sino revolucionaria, en cuyo seno se gesta un nuevo tipo de sociedad.

No se trata de buscar un cómodo y anodino término medio, sino de encontrar una misión que la universidad, en continuidad con su tradición, desempeñe en el mundo actual. En una sociedad organizada en múltiples tipos de instituciones especializadas, la universidad no debe tomar papeles que corresponden a otras; no debe ser partido político ni empresa, obra de asistencia social ni centro de capacitación. Hay un campo propio de la universidad: el de la cultura; cultura que significa mucho más que mero saber acumulado, más que ciencia. Por la palabra "cultura" entiendo "todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo formula, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones, para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano" (GS 53).

La universidad debe servir a la sociedad no sólo almacenando y reproduciendo la cultura existente, sino ante todo pensando la cultura, digiriéndola, transformándola; en una palabra, recreándola continuamente. En este sentido positivo, la universidad no debe ser una esclava sumisa de la sociedad, sino su instancia crítica. Comprometida —sin comprometer su autonomía académica— con la sociedad a que pertenece, debe estudiar sus problemas y proponer soluciones; debe ser portavoz de los grupos menos favorecidos, símbolo y modelo de convivencia, creadora de conciencia. Debe ser una servidora libre.

4. *La universidad y el trabajo humano*

De las consideraciones anteriores podemos derivar la posición que debe tomar la universidad frente al trabajo humano. La universidad no debe ser productora de productores y consumidores de bienes materiales, sino orientadora en la solución del amplio problema del trabajo, que es el problema del hombre mismo. No sólo enseñando, sino educando en un sentido amplio, no sólo a través de sus planes curriculares sino por sus funciones más amplias de investigación y difusión, la universidad debe tener como fin el desarrollo del hombre integral. Hombres y mujeres creativos frente al mundo, críticos de la verdad y libres interiormente, solidarios con los demás, afectivamente integrados y abiertos a la trascendencia.

La labor de la universidad debe encaminarse en primer lugar a que los seres humanos encuentren en sus muy diversos trabajos la satisfacción que produce el crecimiento interior, el desarrollo de sus propias potencialidades; seres humanos que consideren más valioso al sujeto que trabaja que el producto objetivo del trabajo. La universidad debe preparar hombres y mujeres capaces para el trabajo que realizan, conscientes de sus limitaciones pero seguros de sus potencialidades, y responsables para trabajar eficazmente no sólo por la ganancia económica que obtengan sino por los resultados de su misma actividad en orden a hacer el bien a los demás. Preocupados en particular, sea cual fuere su puesto en una organización o como profesionistas libres, por mejorar las relaciones laborales y las condiciones de trabajo para todos.

La universidad debe educar a la sociedad para que produzca por su trabajo y use para su beneficio los bienes materiales y la tecnología, no de acuerdo con los criterios materialistas y consumistas que están minando nuestra cultura y al hombre mismo, sino de acuerdo con una escala de valores basada en la auténtica dignidad humana, según la cual la persona debe

dominar la materia no para materializarse por la comodidad y el placer sino para elevarse sobre ella por el propio dominio y crecimiento.

Ante el ingente problema del desempleo, especialmente en nuestro país, la universidad, lejos de contentarse con acrecentar la competencia por los puestos de trabajo existentes, debe formar profesionistas creativos, con un hondo sentido nacionalista, que abran nuevas fuentes de trabajo o colaboren para su apertura; y debe investigar para guiar a los inversionistas no tanto por intereses económicos sino por el mayor bien en la región y en el país. La universidad debe tener la audacia de pretender transformar —como universidad, como institución netamente cultural— la estructura misma de la sociedad; de una sociedad donde el trabajo es un medio de opresión del hombre, en una sociedad donde el hombre se libere por su trabajo.

En pocas palabras, la universidad tiene la misión de formar hombres que aprecien más lo que hacen que lo que tienen, y que pongan el verdadero valor más en lo que son que en lo que hacen. Hombres y mujeres para los demás, que en el amor a los otros encuentren su máxima felicidad personal.

La universidad no podrá lograr esto si no lo vive ella misma. Por eso debe constituirse en una auténtica comunidad laboral, donde profesores, alumnos y empleados encuentren profunda satisfacción en el trabajo que realizan; una comunidad donde sus miembros, lejos de oponerse en lucha de clases antagónicas, trasciendan las meras relaciones funcionales y se abran a la realización plena de las relaciones interpersonales por la amistad; una comunidad que vibre solidariamente con su elevada misión de trabajar no tanto para sí misma —siendo un grupo privilegiado después de todo— sino para los más desposeídos, para la región y el país, para la humanidad entera.

Misión ingente si miramos la situación de nuestro mundo; pero misión posible si cada uno de nosotros asume su parte. Éste es el trabajo universitario, ésta es la vivencia de trabajo que deben llevar consigo nuestros egresados; éste es el trabajo profundamente humano de alumnos, maestros y empleados, uno de los más nobles y satisfactorios; éste es nuestro trabajo.

Siglas

- Gn Sagrada Biblia, libro del Génesis.
GS Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución pastoral
 sobre el mundo actual *Gaudium et Spes*, 1965.

Referencias

- MARX, C. y ENGELS, F.: *Manifiesto del Partido Comunista*. Editorial Progreso, Moscú, 1970.
- MENESES, E.: *La universidad Iberoamericana en el contexto de la educación superior contemporánea*. UIA, México, 1979.